

nuando la persecución. (Véase el plano núm. 13). La derrota de los realistas fué casi instantánea, después de los primeros choques. Los trofeos de esta acción — que por su importancia más que por el número de combatientes, merece el nombre de batalla, — fueron : 343 prisioneros, entre ellos el general O'Reylli, y el coronel Andrés Santa Cruz, á quien veremos figurar más adelante en las filas independientes ; 58 muertos y 15 heridos ; la bandera del « Victoria » y los estandartes de la caballería ; 2 piezas de artillería con sus pertrechos ; 360 fusiles, el parque y la caja militar. Los vencedores de Pasco fueron condecorados con una medalla, de oro para los jefes, de plata para los oficiales y un escudo de paño bordado de oro para los soldados (15).

La batalla de Pasco, abría las comunicaciones de la división de la sierra con el ejército, ligaba la insurrección del norte con la del centro decidiendo el pronunciamiento de Huánuaco, y salvaba el éxito de la expedición libertadora en su primer movimiento estratégico.

V

Á retaguardia de la columna expedicionaria, las armas de la revolución eran menos felices. El fuego de la insurrección encendido en su trayecto desde Ica á Huancayo, era apagado con sangre al mismo tiempo que triunfaba en Pasco. La pequeña división dejada en Ica á cargo del comandante Bermú-

(15) Parte ofi. de Arenales de 7 de diciembre de 1820. — Arenales : « Mem. Hist. » pág. 237 y sig. — « Boletín del E. U. L. del Perú », núm. 7. — Torrente : « Hist. de la Revol. H. A. », t. III, pág. 48. — Camba : « Memorias », t. I, pág. 342. — Paz Soldán : « Hist. del Perú. Indep. », pág. 97-98. — Roca : « Rel. Hist. » pág. 50 y sig.

dez y mayor Aldao, amenazada por fuerzas superiores que operaban en la costa y en la sierra, vióse obligada á evacuar la posición. Con arreglo á sus instrucciones se replegó hacia la sierra en busca de la incorporación de Arenales. Alcanzada su retaguardia por una columna desprendida de Lima, perdió en el encuentro 14 muertos, 13 prisioneros y parte del armamento y municiones que conducía. Pudo, empero, continuar su retirada y llegar hasta Huancayo, hostilizada á lo largo de su penoso camino por los mismos indios que en su tránsito habían vitoreado á Arenales, y que recibieron su retaguardia con hondas y peñascos desprendidos de alturas inaccesibles. En Huancayo tuvo la noticia del triunfo de Pasco. Arenales, sabedor de los movimientos de Ricafort en la sierra, previno á Bermúdez que continuara su repliegue sobre el valle de Jauja, evitando todo encuentro decisivo, hasta que reunidas todas las fuerzas independientes que operaban entre Tarma, Jauja y Pasco, pudiesen volver sobre el enemigo que amagaba su espalda.

Casi simultáneamente con el avance de Arenales sobre la sierra, el general Ricafort se había movido con el batallón 1.º del Imperial Alejandro y un escuadrón de dragones, pertenecientes á la reserva situada en Arequipa, con dirección á Lima. Á la altura de Nasca, impuesto de las novedades de la costa, tomó la vuelta de la sierra, y se situó en Andahuylas sobre las vertientes del Apurímac, de modo de cubrir las intendencias del Cuzco y Arequipa, amenazando á las de Huamanga y Tarma por la espalda y el flanco. Allí se le reunieron, el batallón Castro (de Chilotes) y dos escuadrones salidos del Cuzco (el 1.º de noviembre), con lo cual formó una división como de 1,300 hombres superior á la de Arenales. Al mismo tiempo que éste avanzaba sobre Pasco, Ricafort salía de Andahuylas y marchaba sobre Huamanga. Los indios de esta comarca, sublevados en masa, ocuparon en grupos desordenados las alturas de la entrada de su pueblo, con algunas

piezas de artillería ligera y unos pocos fusiles, rompiendo un fuego tan desconcertado como inofensivo (29 de noviembre).

Atacados y fácilmente vencidos en sus posiciones, fueron pasados á cuchillo cuantos cayeron en manos del vencedor. Los dispersos, unidos á otros insurrectos, se refugiaron en el pueblo de Cangallo en número de 4,000. Intimidados de rendirse y rechazado el indulto, Ricafort marchó sobre ellos con 400 infantes, 200 jinetes y una pieza de artillería. Los indios armados tan sólo de piedras, cargados á la bayoneta por la infantería y simultáneamente por la caballería, fueron deshechos segunda vez, dejando en el campo mil cadáveres (2 de diciembre). Los realistas no perdieron un hombre, y sólo tuvieron ocho contusos y dos caballos maltratados. El pueblo de Cangallo fué saqueado durante 48 horas y entregado á las llamas. Era la repetición del sistema de terrorismo ensayado en el Alto Perú y la renovación de las bárbaras escenas de la primitiva conquista española (16).

Ricafort, marcando su paso con degüellos, incendios y saqueos, contramarchó sobre Huamanga, donde reconcentró su división. Allí tuvo noticia de que Bermúdez y Aldao se habían puesto al frente de la insurrección de Huancayo. Estos jefes, desatendiendo las prevenciones de Arenales, y animados por la decisión de los habitantes de la comarca, resolvieron esperar al enemigo con un montón de 5,000 indígenas

(16) Los historiadores españoles pasan por alto estas primeras crueldades de Ricafort en el Bajo Perú, aunque hagan mención de las subsiguientes, que por otra parte, constan oficialmente. Empero, en el núm. 2 de la « Gaceta del Gobierno de Lima », de 4 de enero de 1821, se registra una carta de Huancavelica de 20 de diciembre de 1820, en que refiriéndose á la acción de Cangallo, dice: « Este venerado jefe (Ricafort) llegó á ésta después de haber derrotado completamente á los mo-rochucos, con muerte de 800 de ellos y ninguno de los nuestros ». — Véase además Paz Soldán: « Hist. del Perú. Indep. », que es el único que trae noticias sobre estos primeros encuentros con los indios insurrectos.

armados de hondas, macanas y rejonas, á que servía de núcleo un escuadrón de caballería organizado por Aldao y un piquete de fusileros con tres piezas de artillería. El día 29, á las 3 de la tarde, apareció Ricafort en la pampa de Huancayo con 4,300 hombres de las tres armas, formados en dos columnas de ataque, forzó fácilmente un desfiladero, dispersó la indiada que lo sostenía, rodeó y asaltó el pueblo entregándolo al saqueo, y pasó á cuchillo más de 500 hombres indefensos. Los realistas sólo tuvieron 21 hombres heridos y 27 caballos muertos ó heridos, lo que demuestra lo inútil de la inhumana carnicería (17).

Aldao, que en esta acción acreditó mucho valor y disposiciones militares, se retiró á Jauja, con los restos de su pequeño escuadrón donde en desavenencia con Bermúdez, asumió el mando militar de la insurrección del valle, sostenido por el gobernador Francisco de Paula Otero (argentino, de Jujuy), nombrado por los patriotas. Privado del apoyo de la división de Arenales, que había emprendido su marcha hacia la costa después de la batalla del Cerro, continuó su retirada por la sierra Tarma, y se situó en Reyes, cubriendo los caminos de Pasco, resuelto á sostener el terreno. Ricafort, en vez de perseguir á los fugitivos, se dirigió desde Jauja á Lima y descendió la cordillera por la quebrada de San Mateo, hostilizada su retaguardia por los indígenas y naturales del país (enero 1821). Aldao, á la cabeza de 260 hombres que había

(17) Parte ofi. de Ricafort, fechado en Jauja el 2 de enero de 1821, inserto en la « Gac. del Gob. de Lima », núm. 3 de 8 de enero de 1821, donde se da el número de muertos. — Parte ofi. de Aldao de 29 de diciembre de 1820 en Jauja, apud Paz Soldán: « Hist. del Perú Indep. », pág. 128-130 (nota) — Arenales: « Mem. Hist. », pág. 5-7. — Torrente: « Hist. de la Revol. H. A. », t. III, pág. 50 y sig. — Camba: « Memorias », etc., t. I, pág. 436. — Ricafort en su parte da el número de 40,000 indios, — que para el caso es lo mismo, — y Torrente y Camba lo repiten.

reunido, volvió entonces sobre Tarma con ánimo de renovar las hostilidades, recorrió el valle de Jauja reanimando la insurrección, se situó de nuevo en Huancayo y avanzó hasta Iscuchaca. En pocos días logró reunir otros 5,000 indios bajo su bandera de guerrillero, poderosamente ayudado por la activa propaganda de los curas patriotas de los pueblos de que está cuajada aquella comarca. Con esta fuerza colecticia, á que dió una semblanza de organización militar, ocupó los desfiladeros y las cabezas del puente del Río Grande, cuya línea se propuso defender contra una pequeña división, mandada por el activo coronel José Corratálá, quien siguiendo los pasos de Ricafort, lo excedería en crueldades. Aldao, librado á sus inspiraciones y recursos del país, mantuvo viva la insurrección en los valles de Huancayo, Jauja y Tarma, hasta las alturas frías de Pasco, eficazmente ayudado por el gobernador Otero. Los indios, feroces por temperamento y exasperados por las crueldades de que eran víctimas, presentaron al caudillo de la insurrección dos cabezas de enemigos, como signo de fidelidad.

VI

La expedición de la sierra tenía dos objetos: uno militar y otro político. El primero, que era efectuar una poderosa diversión y concurrir á las operaciones del grueso del ejército invasor por el norte, estaba llenado con grandes ventajas para la causa de la independencia peruana. El segundo, que era la insurrección del interior del país, estaba también llenado en parte; pero no podía producir todos sus efectos, á menos de mantener la guerra en la sierra misma con el apoyo de tropas regulares, remontando la división de Arenales, de manera de formar un verdadero cuerpo de ejército, así para ha-

cer frente á las fuerzas superiores que debían converger sobre ella, como para dilatar el teatro de las operaciones encerradas en estrecho círculo, y nacionalizar la expedición libertadora con el doble concurso de la opinión y de las armas. Arenales, en prosecución de sus objetivos militares, poco se cuidó de organizar la insurrección á su espalda, que entregada á su espontaneidad, era impotente aun para mantenerse en su terreno, por mucha que fuese la decisión de las masas informes de indios, que desarmados daban bravamente batallas por su cuenta. La decisión de Aldao pudo prolongarla y darle algún nervio, pero esta insurrección, débil é inconsistente en sí misma, inútil como elemento militar asimilable, poco ó nada podía influir en el resultado final, á que perjudicaría más bien con sus derrotas ó carnicerías brindadas al enemigo.

Al tiempo de establecerse en Huaura y recibir la noticia de que Arenales estaba en Huamanga, en marcha hacia Jauja, San Martín tuvo la intención (á mediados de noviembre), de reforzarla con una división de 500 hombres, lo que habría formalizado las hostilidades de la sierra; pero luego desistió de esta idea por los motivos que en su lugar se apuntaron. (Véase cap. XXVII, § V). Desde Jauja (el 25 de noviembre), Arenales había abierto comunicación epistolar con él, anunciándole su resolución de marchar en busca de la división de O'Reylli (18). Después de la batalla de Pasco, cuya noticia llegó al cuartel general de Huaura el 9 de diciembre (19), la división de la sierra se puso en marcha hacia la costa once días después (20). Estas fechas comparadas pueden servir para ilustrar una cuestión histórica de algún interés: De or-

(18) Boletín del E. U. L. del Perú, núm. 5, en Huaura.

(19) Boletín del E. U. L. del Perú, núm. 7, en Huaura.

(20) Roca: « Rel. Hist. », pág. 66, quien dice: « El 20 ó 21 de diciembre la división Arenales emprendió su marcha hacia la costa ».

den de quién se retiró Arenales de la sierra? Sus instrucciones, como se ha visto (§ II de este cap.), le prevenían, poseionarse del valle de Jauja y de Tarma, cubrir todas las avenidas de la sierra hacia Lima, y combinar sus operaciones de manera de replegarse al ejército por el norte « en caso de contraste ». Dado el triunfo y las ventajas alcanzadas, todo aconsejaba mantener el terreno conquistado, de conformidad á las instrucciones, y volver sobre Jauja en busca de Ricafort según el plan del mismo Arenales antes de la derrota de Huancayo. Es posible que en el espacio de once días, que mediaron entre 9 y 20 de diciembre, Arenales recibiese nuevas instrucciones; y él asegura que efectuó su retirada en virtud de órdenes superiores, pero sin indicar su tenor ni determinar fecha, y su biógrafo agrega que representó en contrario antes de verificarla (21). Según otro testimonio autorizado, el 18 de diciembre se recibieron en el cuartel general noticias de Arenales de 11 del mismo, avisando que en esa fecha se ponía en marcha para situarse en Canta, « con arreglo á lo ordenado por el general » (22). El hecho es, que diez días después de su salida de Pasco (el 30 de diciembre) había repasado la cordillera y hallábase en Huamantanga, á inmediaciones de Lima, entre las nacientes de los ríos Carabayllo y Chancay, cuando el ejército permanecía aún en Huaura (23). Casi al mismo tiempo (á mediados de enero) Ricafort, después de abandonar Jauja, descendía paralelamente á Lima por la quebrada de San Mateo. Fué entonces cuando San Martín inició con el ejército su aventurado avance de frente sobre

(21) Carta del general Arenales en « Mem. Hist. » de su hijo el coronel José Arenales, pág. 170-171.

(22) Diario del general Las Heras (M. S.) cit. por Bulnes: « Hist. de la Exp. lib. del Perú », tomo I, pág. 453.

(23) Boletín del E. U. L. del Perú, núm. 8, en Huaura — Según Paz Soldán, « Hist. del Perú Indep. », pág. 130, desde el 28 de diciembre de 1820, se hallaba Arenales con su división en Huamantanga.

Retes, y dispuso (el 2 de enero) que la división descendiese de la sierra para concurrir á un ataque combinado que pensó llevar sobre Lima (24). Desistió de esta idea, en virtud de las juiciosas reflexiones de Arenales (véase cap. XXII, § VII), siendo probablemente esta la ocasión en que manifestó su opinión contraria á la retirada en tal ocasión.

De todos modos, la retirada de la división fué aprobada por San Martín, una vez ejecutada con orden ó sin ella, y expresamente ordenada con posterioridad, teniendo en vista un plan combinado. Hasta entonces, no había dado la debida importancia á la ocupación del territorio de la sierra. Pero inmediatamente comprendió que era un error abandonar aquel teatro que tanto prometía, error en que había incurrido el mismo enemigo. En consecuencia dió contraórdenes (3 de enero de 1821); pero ya era tarde. La división se hallaba muy avanzada sobre la costa, y se incorporó al ejército (8 de enero de 1821), cubierta de gloriosos andrajos y rica de trofeos, después de una marcha triunfal de 1,050 kilómetros desde Ica hasta Retes. En este trayecto, en medio de dos ejércitos, había dado dos combates y una batalla, ganado banderas y cañones, y tomado cientos de prisioneros, derrotando dos gruesas divisiones del enemigo.

La primera campaña de la sierra, como operación inicial de la invasión fué una inspiración original, y en su género, un modelo de la guerra de montaña en América. Como movimiento estratégico, fué el más osado y bien conducido de la expedición del Perú, según lo han reconocido los mismos enemigos. Si no dió desde luego todos los resultados que debiera, dadas las ventajas que obtuvo, éstas excedieron los objetos militares que se tuvieron en vista al emprenderla.

(24) Ofi. M. S. de San Martín de 2 de enero de 1820 al ministro de Chile, cit. por Paz Soldán bajo el núm. 103 de su Cat. en « Hist. del Perú Indep. », pág. 130.

Descubrió el talón vulnerable del poder español en el Perú. Popularizó la invasión, sublevando el país en su trayecto. Derrotó moralmente á los ejércitos realistas, al demostrar prácticamente, que una columna volante de mil hombres, podía pasearse triunfalmente por en medio de ellos, á cortar todas sus líneas, y amenazar todas sus bases, desbaratando todos sus planes y destruyendo todas sus fuerzas destacadas. Ensanchó el círculo de las operaciones y dió impulso á la opinión que debía concurrir á ellas. Exploró la región dentro de la cual debían librarse las últimas batallas de la independencia sud-americana desde Junín hasta Ayacucho, y conmemoró este teatro de la guerra final con la victoria más señalada de la campaña de San Martín. Bajo estos diversos aspectos, hay que admirar en esta operación de guerra, la precisión y la amplitud de la concepción y el arrojo y la habilidad de la ejecución.